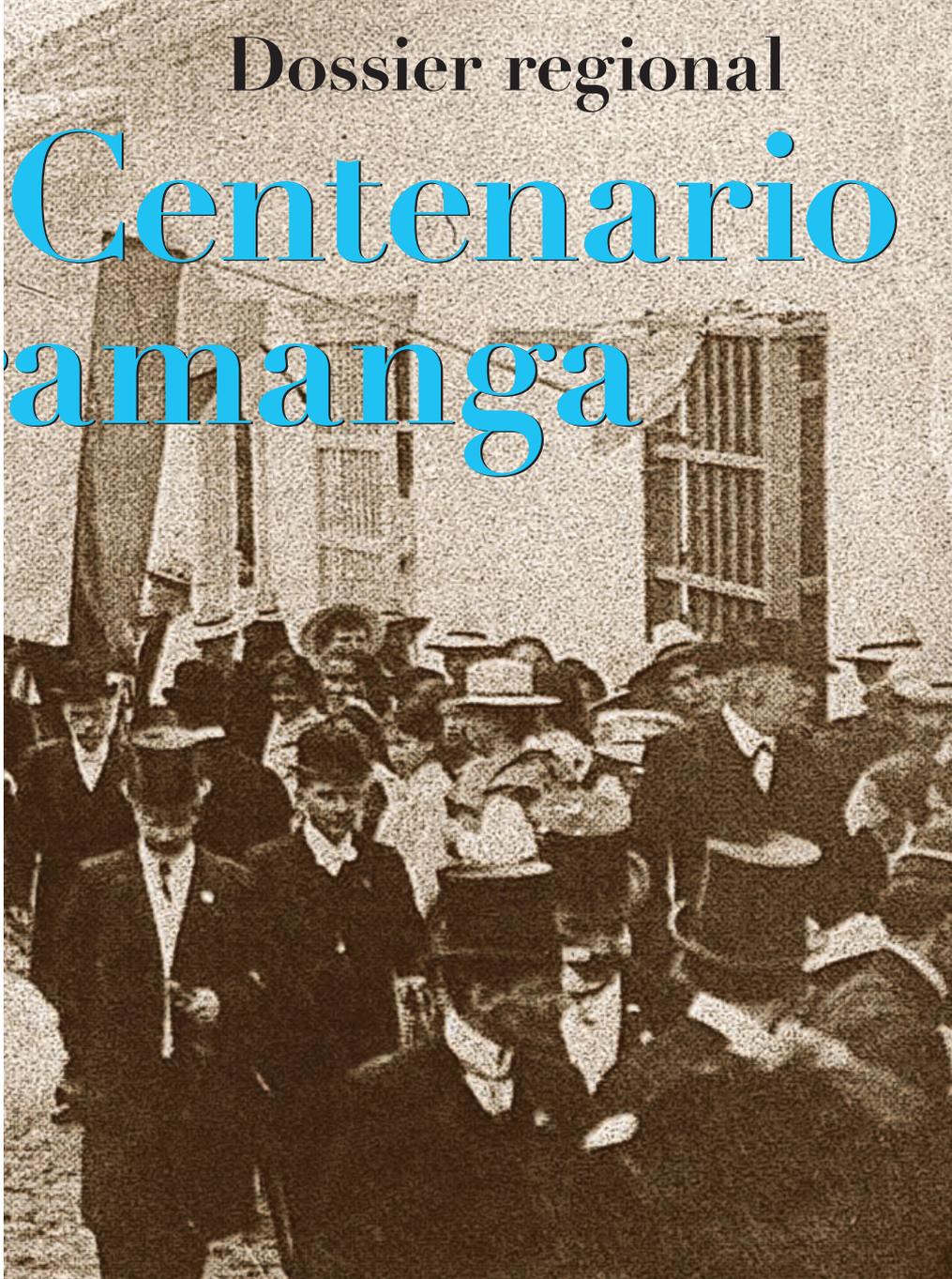
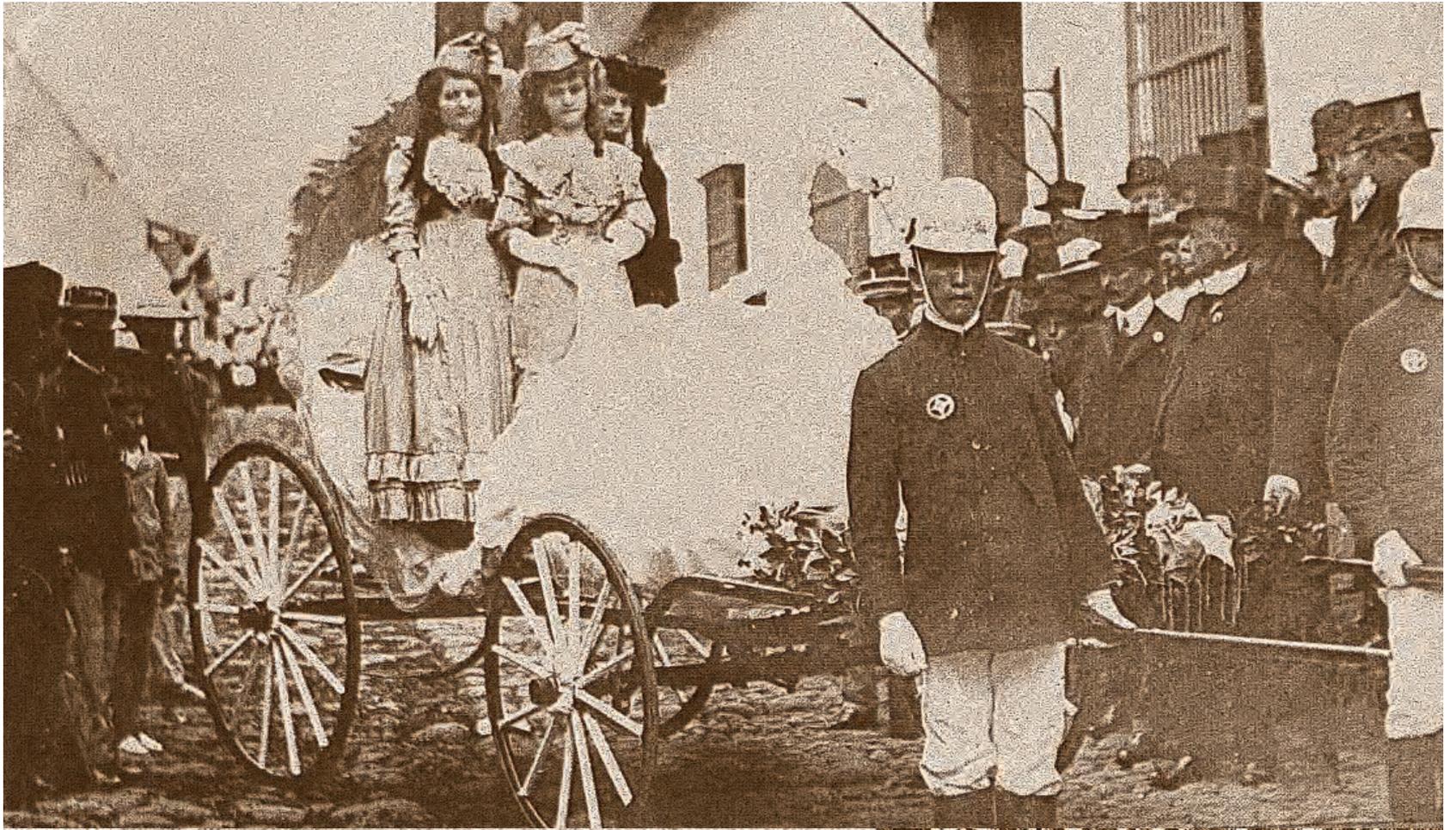




Crónica del en Bucar



CRÓNICA DEL CENTENARIO EN BUCARAMANGA



LAS ENTREGAS 9 A 12 DE LA REVISTA *Lecturas* (20 de julio de 1911), redactada por la Sociedad Pedagógica de Santander, acogieron los relatos y fotografías de los actos del Centenario de la Independencia que se habían realizado en Bucaramanga un año antes. Esta es la fuente de la siguiente crónica sintética, redactada con el espíritu de la Generación del Centenario, para ilustrar a los lectores de la *Revista de Santander* sobre los sentimientos patrióticos que fueron expresados en la sociedad bumanguesa de hace un siglo.

La conmemoración del Centenario de la Independencia en la Bucaramanga de 1910 comenzó el jueves 14 de julio con un desfile fúnebre. Se trataba de los cráneos y tibias de los hombres caídos en el campo de Palonegro una década antes, exhumados y traídos a la ciudad. El desfile de los cuatro carros fúnebres arrastrados por caballos, escoltados por guardias de honor y diversas comisiones, salió del cuartel del Regimiento Ricaurte y descendió por la Calle del Comercio en medio del silencioso sobrecogimiento de los transeúntes. Un último carro transportaba las coronas de flores y palmas, así como el escudo nacional, enmarcado por cuatro banderas tricolores, recordando que el interés general de la nación colombiana se había impuesto sobre los intereses partidistas que habían desangrado a la Patria. Efectivamente, este fue el año de la concordia nacional, cuyas voces más representativas fueron las del presidente Ramón González Valencia y la del caudillo liberal Rafael Uribe Uribe.

Ramos de palmas trenzadas por cintas tricolores, crespones negros, corazones

contritos, caballos blancos, cascos brillantes, sombreros negros, circunspección en las caras, recogido silencio, sol brillante: tales fueron los elementos que los contemporáneos recordaron de este fúnebre desfile. Llegado que fue el cortejo al parque recordatorio del párroco Francisco Romero, se oyó la voz acongojada de los dos oradores que habían sido designados: el general José María Ruiz y el doctor Emilio Pradilla. Sus cinceladas frases impactaron el fondo de los corazones de los asistentes, dejando allí la melancolía que fue destilada este día, pero también la promesa de que no se repetiría más una lucha armada entre conciudadanos. Lejos estaban estos prohombres de imaginar lo que sería el siglo que apenas comenzaba. Hecatombe, desacierto, desgracia, espanto, fratricidio, pasión de partido, reparación, depresión moral, piedad patriótica: estos fueron los conceptos que abundaron en la tribuna.

El general Ruiz calculó que en los quince días, con sus quince noches, que había durado la trágica batalla del campo de Palonegro, habían sido muertos más de cuatro mil hombres, quedando otros cinco mil heridos. Por ello prometió solemnemente



Representantes de los Departamentos en los festejos del Centenario. Arturo Jaramillo G., Gonzalo Carrizosa S., Andrés Gómez, Eugenio Andrade, Antonio Granados, Jacinto Vargas, Gral. Gabino Hernández, Roso Cala, Gral. Alejandro Peña Solano, Ambrosio Mantilla, Aurelio Mutis, José María Ruíz y Julio Vanegas.

que mediante la alianza bipartidista concertada se entraría de lleno “en la vía de la civilización, que excluye la violencia en todas sus formas”. No podía ser menos el tributo que ese día se ofreció a la memoria de los próceres de la independencia: “¡Pluguiera a Dios que la losa que va a cubrir estos restos de nuestros malogrados hermanos cerrara también, para siempre, como losa sepulcral, la era de nuestros desatinos y, sobre todo, la de nuestras matanzas!”.

Subió finalmente a la tribuna el joven Carlos Torres, precoz poeta, para leer su inspirado *Himno a la Paz*. Una de sus estrofas decía:

Aquí están confundidos sus despojos,
Bajo un mismo pendón y un mismo
cielo,

Como si en su lenguaje misterioso
Quisieran revelarnos sus arcanos,
Maldecir de las trágicas pasiones
Y Proclamar la paz de los hermanos.

Una parada militar, escenificada por los oficiales del Batallón Quinto de Infantería en el Parque Romero, rindió el último homenaje a los caídos de Palonegro antes de ser inhumados sus restos en una fosa que fue cavada en el mismo parque, frente al Cementerio de San Laureano. Delegaciones de soldados enviados por todos los departamentos que en 1900 habían enviado tropas a Palonegro completaron la escena, ideada originalmente por uno de los oficiales del batallón local. Don José Celestino Mutis, miembro de la Junta Patriótica de Bucaramanga, concluyó que la losa puesta sobre la fosa común era el sello que cerraba la solemne declaración hecha por los representantes de la nación, según la cual “la era de las revoluciones civiles ha terminado felizmente en nuestra querida Patria”.

El día viernes 15 de julio comenzaron los actos patrióticos en el amplio patio del Colegio de la Presentación, regentado por las hermanas de Marie Poussepin, más cono-



Gobernación de Santander. Marcos S. Cadena, Antonio Barrera, gobernador, Manuel Enrique Puyana, Rafael Quijano Gómez, Félix Consuegra, Daniel Martínez, Emilio Pradilla, Simón S. Harker, y Luis J. Galvis.

cidas como dominicas de la Presentación. Las niñas que allí se educaban recitaron poesías, cantaron acompañadas de un piano y pusieron en escena una pieza en tres actos titulada *Recuerdos de la Patria*. En la primera escena la reina de España, representada por Elena Novoa, se despidió de la india de América, representada por Carmen Rodríguez, desafiándola a construir una nación próspera, pacífica y civilizada. En la última, las cinco repúblicas liberadas por Bolívar hicieron la apoteosis de la libertad. La narradora unió diversos cantos con algunas estrofas del himno nacional, cantadas con su voz ondulante y sonora por Emma Puyana, resultando el espectáculo bello y agradable a la numerosísima y aristocrática concurrencia.

Durante la mañana del domingo 17 de julio fue bendecida la capilla del edificio que estaban construyendo los padres de la Compañía de Jesús para nueva sede del Colegio de San Pedro Claver. Ocupaba el ala derecha del edificio y se fincaron las espe-

ranzas en que durante el año de 1911 pudiese entrar a funcionar esta sede tan esperada por los padres de familia. El padre Pinilla S. J. pronunció en la capilla un bello discurso ante una nutrida concurrencia, entre quienes se encontraba el gobernador del Departamento, el director de Instrucción Pública y los dos curas párrocos de la ciudad. En la tarde, los contingentes de las ocho escuelas públicas de la ciudad se presentaron en este edificio para mostrar en público sus aprendizajes. El acto fue abierto por el discurso de don Roberto G. Quintero, inspector de Instrucción Pública de la provincia de Soto, y a continuación los escolares presentaron sus coros y recitaciones de poesías patrióticas, prenda de su naciente amor a la Patria, a sus fundadores y a sus próceres. En los intervalos se distribuyeron recuerdos del Centenario entre los mejores alumnos de estas escuelas, incluyendo a los de la escuela nocturna. Terminado este acto lírico-literario, todos salieron a la plaza para observar los ejercicios calisténicos y de esgri-

ma que presentó una división de cien niños que estrenaban alpargates blancos.

A las siete de la noche, y en el patio del Colegio de San Pedro Claver, se congregó una selecta concurrencia para contemplar el homenaje a los padres de la Patria que hicieron los padres jesuitas, los profesores y los estudiantes de este colegio. Con gran sorpresa, la concurrencia vio en proyecciones fotoeléctricas las figuras de los próceres: Nariño, Torres, Acevedo y Gómez, Córdoba, Girardot, Rosillo, Pey, etc. Luego, los alumnos fueron vistiendo el tronco de una palmera con ramas que representaban los campos de batalla con sus jefes victoriosos, mientras otros dialogaban para que el público recibiera el relato histórico y la biografía de los héroes. Después fueron proyectados los monumentos



Monumento levantado en honor de los Presbíteros Romero y Valenzuela.

de la independencia mientras los alumnos declamaban poesías épicas de autores nacionales. El himno nacional, cantado por todo el colegio, cerró con broche de diamante este lucido acto histórico-literario. Esta enseñanza patriótica reconfortó el espíritu de los asistentes, que salieron con el corazón ardiente y desbordado de agradecimiento para los héroes de la magna lucha por la independencia.

El lunes 18, a las siete de la mañana, fue inaugurada con una multitud de fieles la nueva capilla del Hospital de San Juan de Dios. Un selecto grupo de padrinos y madrinas de este acto, presididos por el padre Arjona y por el señor gobernador del Departamento, concurrió a este acto con cirios encendidos. Una vez abierta la elegante puerta pudo admirarse este nuevo edificio, sus esbeltas columnas y sus accesos al hospital por ambos lados. Dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, pudo verse en el remate del sencillo altar su imagen de madera, ricamente decorada. La santa misa fue celebrada por el cura párroco de San Laureano, doctor José Jesús Peralta, quien al final entonó un *Recorderis* por el alma del doctor José María Villalba, iniciador y promotor de esta obra. A la una de la tarde fue bendecido el nuevo pabellón de mujeres de este hospital, y fue agasajado don Cristóbal Uribe, apóstol de esta obra.

A las dos de la tarde se reunió una multitud en el Parque de Romero, situado frente al hospital y a los cementerios, con el fin de asistir a la ceremonia de inauguración del obelisco de piedra que fue levantado por iniciativa de la Junta de Embellecimiento para honrar la memoria del párroco de esta ciudad durante el período 1865-1874, presbí-

Con gran sorpresa, la concurrencia vio en proyecciones fotoeléctricas las figuras de los próceres: Nariño, Torres, Acevedo y Gómez, Córdoba, Girardot, Rosillo, Pey, etc.

tero Francisco Romero. Se asoció al monumento el nombre de Juan Eloy Valenzuela, quien también había sido párroco durante el período 1786-1834. De colores gris, rosado y blanco, las cuatro caras del obelisco llevaban las inscripciones de su objeto: el agradecimiento de los bumanguenses a dos beneméritos curas que fueron benefactores de la ciudad. Una verja de hierro fue fabricada por cuenta del municipio para resguardar este obelisco. A nombre de la Junta de Embellecimiento lo descubrió y presentó el doctor Gregorio Consuegra, quien dibujó a los altos varones allí inscritos como las eminencias de la ciudad, dada la visión que tuvieron para señalar los caminos hacia su prosperidad. La señorita Ana Francisca Barón, alumna del Instituto Santander, recitó unos hermosos versos y obsequió una corona ornada con flores y frutos de café, decorada con muchas tarjetas de presentación de las damas vestidas de blanco que concurrieron. La voz del Concejo municipal agradecido fue la del doctor Andrés Gómez, quien ponderó el mérito y las virtudes de los dos progresistas párrocos, afirmando resueltamente que no había en todo Hispanoamérica un pueblo de índole más pacífica y más fácilmente gobernable que el pueblo colombiano. Y en éste, los santandereanos y antioqueños venían desde hacía algunos años inclinando el fiel de la balanza en los destinos de la República.

A las siete de la noche y en el local de la Asamblea Departamental, cuyo patio toldado había sido adornado con rosetones, emblemas, inscripciones, escudos y banderas de las cinco repúblicas bolivarianas, se puso en escena el acto lírico-literario ofrecido por la Escuela Normal de Institutoras y la Sociedad Pedagógica. El doctor Manuel Enrique Puyana, secretario de Gobierno, abrió la sesión con un discurso en el que afirmó que la historia era una resurrección de la Patria, y que ante ella había que sacrificar todo rencor derivado de la guerra anterior. Fue seguido por los coros y recitaciones de las futuras maestras.

El martes 19 a las 10 de la mañana salió del Palacio de Gobierno una procesión de autoridades civiles y eclesiásticas con rumbo al Occidente, hasta llegar a la casa donde, según la tradición, había nacido Custodio García Rovira (1780-1816). Este notable personaje de la Primera República fue uno de los dirigentes del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada y el gran derrotado en la batalla del páramo de Cachirí, librada durante los días 21 y 22 de febrero de 1816. Capturado poco después por las tropas de Sámano, fue fusilado en Santafé el 8 de agosto siguiente. Los miembros de la Juventud Católica colocaron una lápida conmemorativa en la fachada de esta casa, y su presidente, el doctor Ernesto Valderrama O., pronunció las palabras de homenaje a este eximio hijo de la ciudad, mártir de la independencia. Con encendido tono patriótico dijo que aunque los libertadores nos habían legado una Patria libre, grande y respetada, nosotros habíamos dilapidado en buena parte esa sagrada herencia en vez de aumentarla. Habiendo malgastado el tiempo y las energías en insensatas contiendas que habían cubierto de luto y ruinas el suelo de la Patria, habíamos llevado al país a tal postración que el conquistador del Norte pudo despojarnos impunemente del más preciso jirón de nuestro territorio: Panamá, llave del mundo y porvenir de Colombia. Del mismo modo, los traficantes del Sur habían usurpado nuestras regiones amazónicas y perseguido a nuestros hermanos, sin que Colombia hubiese levantado la espada para castigar, como en Tarqui, su ingratitude insolente y pérfida. Continuó diciendo que, pese a que habíamos cambiado las vestiduras de gloria de los próceres por míseros harapos para cubrir nuestras carnes, Colombia seguiría viviendo por el querer de su firme voluntad. Advirtió que los pueblos cultos recuerdan a sus grandes hombres porque las glorias de éstos son glorias de sí mismos: García Rovira fue un carácter porque amó los estudios y a la Patria, porque “a fuer de leones, y aunque terco se defiende, lo

arrojan de sus fuertes posiciones” (*Santafé cautiva*). La gallarda estatua de bronce que hasta hoy se levanta en el parque de su nombre inmortalizó el grito de guerra (“¡Firmes Cachirí!”) que le atribuyó el historiador Quijano Otero. A continuación, una comisión de alumnos del Colegio de San Pedro Claver ornó la lápida con una hermosa corona de laurel, distribuyendo entre los asistentes al acto una tarjeta biográfica del prócer y una poesía escrita por el padre José de Jesús Segura S.J. titulada “Colombia, Santander, Bucaramanga”.

Ese mismo día, y a las dos de la tarde, se abrió al público la exposición industrial y artística organizada en el local del Centro de Industriales y Obreros. Uno de sus socios, Jaime Barrera Parra, pronunció el discurso inaugural por encargo de su presidente, don Víctor F. Paillié. Relató que este Centro había sido fundado para glorificar el

sudor del pueblo trabajador y honrado, así como para enaltecer el estudio y la libertad de conciencia. Aunque pequeña y pobre, esta exposición de las obras de los talleres artesanales tenía una intención patriótica y cultural, dado que en ellas los obreros dejaban algo de su espíritu y de su vida. Por su parte, el doctor Rafael Quijano Gómez, delegado por el gobernador, dijo que esta exposición anunciaba una nueva vida en el nuevo siglo: la industria y el progreso que serían conquistadas por la virtud y por el trabajo. Los nuevos próceres de 1910 serían los de la ciencia y la industria que a gritos pedían la colaboración de las inteligencias. La mecánica, la electricidad, la fragua y la aeronavegación serían los nuevos escenarios de las luchas patrióticas. A continuación pudieron entrar los curiosos a los salones para examinar las obras que habían sido dispuestas en vitrinas y estantes, los muebles y los cuadros, los bor-



Los altos dignatarios del Departamento, de la Provincia y del Municipio, los representantes de las demás secciones del país y el cuerpo consular, a la cabeza de centenares de ciudadanos, en la imponente manifestación patriótica del día veinte de julio de 1910.

dados y encajes, los cigarros y cigarrillos, las alpargatas con capellada de algodón bordada, las manufacturas de cuero.

A las cuatro de la tarde de ese día, en el Colegio de San Pedro Claver, se reunió el Núcleo Córdoba de estudios para ofrecer un acto literario y musical. El padre Rafael Toro, tan antioqueño como el general Córdoba, recomendó a los jóvenes seguir el ejemplo de vida de su paisano, y el doctor Manuel Enrique Puyana también alentó a los jóvenes a continuar con entusiasmo sus estudios. Cayó la noche, y a eso de las ocho comenzó el espectáculo callejero organizado por el Regimiento Ricaurte. La Compañía Eléctrica había iluminado las calles con multitud de focos y los dueños de las casas habían puesto en sus fachadas cientos de farolillos con infinidad de formas y colores. Los soldados de este Regimiento desfilaron llevando sus fusiles adornados con farolillos de los colores nacionales y cantando un himno patriótico, algo que nunca antes se había visto en la ciudad. Al rayar la medianoche fueron echadas al vuelo las campanas de todos los templos y comenzó un estruendo total formado por los cañonazos, los pitos de las máquinas de vapor, la música marcial de las bandas y los juegos pirotécnicos fabricados por Leopoldo Núñez. Toda la ciudad estaba despierta y electrizada, entusiasmada y delirante. No era para menos, pues había sonado en el reloj del tiempo la primera hora de la anhelada fecha centenaria.

Al amanecer del miércoles 20 de julio pudo verse en la fachada de todas las casas de la ciudad la bandera nacional izada. Los inmigrantes la habían acompañado de las banderas de sus países de origen, y así pudieron verse las de España, Alemania, Dinamarca, Estados Unidos, Turquía, Francia, Inglaterra, Venezuela, Italia, Suiza, Bélgica, Holanda y Grecia. Todas las personas connotadas de la ciudad recibieron del gobernador y sus secretarios una tarjeta de saludo patriótico. A las ocho de la mañana comenzó en el templo de San Laureano un solemne *Te*

Deum, oficiado por el párroco, doctor José Jesús Peralta, a quien acompañaron los presbíteros Luis C. Jouaud, Luis Antonio Vera y José de Jesús Trillos, así como todos los jesuitas residentes en la ciudad. El templo estaba adornado con gallardetes, festones y adornos tricolores, y en la testera del altar mayor se había puesto el escudo nacional. Terminada la misa, la oración sagrada fue pronunciada por el padre Francisco J. Castañeda S.J., quien habló de la Patria y sus glorias, de la independencia y sus héroes.

Terminada esta ceremonia, el gobernador Antonio Barrera recibió en el Palacio de gobierno durante una hora a todos los funcionarios y personas notables de la ciudad. Luego se dirigieron todos al parque de García Rovira para la gran parada cívica. En su alocución, el gobernador comenzó diciendo que esta conmemoración era impuesta por el decoro nacional, pues nada podría dispensar la ausencia de Santander en un acto nacional de tal magnitud. El 20 de julio de 1810 no había sido el día en que fue proclamada la independencia de España, pero sí el punto de partida de nuestra transformación política. Recordó que las primeras centellas de la revolución se produjeron en Santander: el 4 de julio en Pamplona, el 10 de julio en el Socorro. Declaró que ya era bastante la sangre derramada en cien años de ensayos y caídas, y que en adelante serían los caudillos de la industria y del trabajo los que clavarían la bandera de la auténtica concordia. Don Luis María Rovira, prefecto provincial, le siguió para convocar a la juventud republicana a propagar el evangelio de la paz, del derecho y del trabajo. Las nuevas tiendas de campaña ya no serían para ejercer el bárbaro oficio de la guerra sino para resolver todos los problemas económicos y sociales del país.

Terminada esta parada se dio inicio al desfile cívico hasta el Parque del Centenario, subiendo por la Calle Quinta o del Comercio. Lo encabezaba una cabalgata de 21 jinetes uniformados de casaca roja y pantalón blanco, seguida por seis carros alegóri-

cos y una multitud con sus mejores ropas de gala que formó una fila de ocho cuadras. Los carros alegóricos representaban *La bandera nacional*, ofrecido por el Club del Comercio; *La despedida de España y América*, ofrecido por los empleados públicos; *La Paz*, ofrecido por los comerciantes; *Armas a discreción y paso de vencedores*, ofrecido por el Núcleo Córdoba; *La Industria*, ofrecido por el Centro de Industriales y Obreros, y el *Acta de Independencia*.

Ya en el Parque del Centenario, le fue presentado al gobernador el kiosco para la ejecución de retretas de bandas que donó la colonia siria. Don Julio J. Chalela hizo la entrega, como una pequeña muestra del cariño y gratitud de esta colonia, recordando que el 20 de julio era un día muy próximo al que marcaba las efemérides gloriosas de la Turquía joven. Recibió el obsequio el doctor Marcos S. Cadena. Terminado este acto de gratitud de los hijos del Oriente lejano, el desfile regresó al Parque de García Rovira por la Calle Sexta. Las aceras y balcones de todas las calles por donde se realizó este tránsito elegante y solemne estaban atiborradas de ciudadanos que, emocionados, seguían este acto de reconciliación y concordia.

Durante la noche de este día, gran número de damas y caballeros de lo más selecto de la sociedad local acudió al Club del Comercio para asistir a la velada lírica y literaria con que este centro social acostumbraba celebrar anualmente la fiesta de la independencia. El patio y las salas decoradas con motivos patrióticos fueron el escenario del programa impreso que fue repartido a la entrada. Distinguidas artistas y hombres de letras desfilaron ante este auditorio selecto para cosechar aplausos. La Banda Departamental, dirigida por el maestro Villalobos, interpretó el *Himno de la Patria*, un concierto de Carlini para dos cornetines, y sus valeses *Crepusculares*. Enrique Lleras leyó su poesía titulada *Los Precursores* y María Luisa

Parra el *Acta de la independencia*. Delia Cala acompañó con su violín el piano de la señorita Lucía para interpretar el *Concierto en La menor* de Ch. de Berriot, María Castro interpretó en el piano la *Fantasia Brillante de Fra Diavolo*, de Sydney Smith, y enseguida Isabel Bretón interpretó un *Impromptu* de Chopin. Por su parte, Herminia Peralta de Martínez recitó *La novia del soldado*, una composición poética de Emilio Pradilla. La voz cristalina de Ana Hakspiel fue premiada con estruendos aplausos, al igual que la recitación que Leonardo Martínez C. hizo de una composición poética titulada *A Colombia*. A la medianoche terminó este último acto patriótico, pues al día siguiente se iniciaron los regocijos públicos.

Efectivamente, entre los días jueves 21 y domingo 24 de julio se realizaron con gran entusiasmo juegos pirotécnicos, corridas de toros, bailes populares y cabalgatas, sin que se produjera alguna riña o exceso escandaloso, con lo cual se demostró que la cultura y la educación han penetrado ya nuestros hábitos y civilizado nuestras costumbres. El alcalde de la ciudad y los jefes del cuerpo de policía se lucieron por su actividad, aseo y ornato de las calles, mantenimiento del orden y de la tranquilidad, empresas tan difíciles en unos días de tanta aglomeración de gentes. El lunes 25 de julio todos retornaron a sus respectivos oficios y trabajos, deseando que en la siguiente conmemoración bicentenario pudiese haberse cumplido ya la excitación que el gobernador Antonio Barrera leyó el día del Centenario: “¡Santandereanos! Sostenga cada cual sus opiniones dentro del acatamiento y respeto a las ajenas. Proclamemos hasta la saciedad que la paz de un pueblo es la resultante de sus virtudes cívicas puestas en armónico ejercicio. En lo sucesivo no serán nuestros caudillos sino los que en el campo del trabajo y de la industria claven los primeros la bandera de la concordia auténtica”. v